

CARTA DEL DIRECTOR

Quién es Jesús de Nazaret

Queridos amigos: De cara al principio de curso, la actualidad eclesial invitaría a reflexionar sobre los aires de cruzada que se respiran en nuestra Iglesia. Pienso en la movilización del pasado 18 de junio contra el matrimonio de los homosexuales y en las gorras blancas con visera que lucían algunos de nuestros excelentísimos y eminentísimos obispos, y que tan mal les sientan cuando la naturaleza no les ha favorecido en su estatura física. Pienso asimismo en la campaña de desactivación del concilio Vaticano II en la que parecen empeñadas altas jerarquías eclesiales. En Roma, el día 17 del citado mes de junio, el cardenal Ruini, que rige la diócesis romana, presentó el libro de un monseñor de la Curia vaticana, escrito con el propósito de desautorizar los cinco volúmenes de la historia de aquel concilio, publicados bajo la dirección de Giuseppe Alberigo. De dicha obra monumental, dijo el monseñor que sigue una “línea de interpretación subjetiva e infundada”, toda vez que acentúa en el Vaticano II los aspectos “de novedad y de ruptura con el pasado, y no de continuidad y respeto a la Tradición”. ¡Vaya por Dios!

Mi intención, en cambio, es ocuparme del tema indicado en la cabecera de esta carta. Las tentativas de desactivar el Vaticano II volverán al escenario de la actualidad y, por desgracia, ya tendremos ocasión de ocuparnos de ellas en su momento. En cuanto a las previsibles y engorrosas movilizaciones, en particular la que se prepara contra la Ley Orgánica de Educación (LOE), cuando llueva ya abriremos los paraguas. A cada día le basta su pena.

Qui és Jesús de Natzaret es, en realitat, el títol con que ha aparecido, igualmente en el dichoso mes de junio, la edición catalana del libro más reciente de J.M. Rovira Beloso, agotado en poco más de dos meses. La versión castellana, en Ediciones Sígueme, se ha distribuido pocas semanas después y se titula Jesús, el Mesías de Dios, con lo cual, en la misma cubierta del libro y en la portada, se ha esfumado un matiz de búsqueda, de rastreo, susceptible de ser entrevisto en la forma asertiva del título del original catalán. En todo caso, la búsqueda es algo substancial a la fe religiosa, porque Dios no es algo de lo que podemos disponer según nuestro capricho o necesidades. No podemos aspirar a retenerlo o a comprenderlo, como se almacena o se analiza un objeto, porque desborda nuestros espacios y es un infinito de inteligibilidad que se nos escapa.

En la obra de Rovira, la búsqueda se practica en dos niveles. Por una parte, el autor recoge y organiza en doce capítulos, precedidos de una introducción y un epílogo, una multitud de detalles sobre la figura de Jesús, que nos han llegado a través de los evangelios y de todas las Escrituras. Por otra parte, no se detiene en esta primera fase de datos recogidos y organizados. Va tomando pie de la multitud de detalles constitutivos de la vida de Jesús, para ir descubriendo con asombro que, en cada uno de ellos, y en la vida de Jesús tomada en su conjunto, se puede percibir la presencia cercana de la inmensidad del amor de Dios en acción.

Así, en una búsqueda que nunca se acaba y siempre es nueva, se va pasando “de la narración a la fe”, “de la historia a la teología”, del signo a lo significado, en un movimiento propiamente contemplativo que penetra las apariencias, que descubre el sentido detrás de la letra, que entrevé la presencia del “todo” en el “fragmento”. Rovira advierte de entrada que este segundo paso de la búsqueda –su aportación específica, se puede decir– no es “ninguna añadidura ilícita” a los detalles contemplados de la vida de Jesús, y que dicho paso “se da sencillamente con el objeto de poder entender a fondo lo que Dios ha

obrado en el mundo y en las personas por medio de Jesús”. Comentando el dinamismo contemplativo presente en el libro de Rovira, un lector me decía que, en el curso de la lectura, llegan momentos en que uno no sabe si continuar leyendo o detenerse y ponerse a rezar.

Esta lectura contemplativa de los evangelios, y de las Escrituras en general, pone en juego un conjunto variado de factores que integran nuestra fe de seguidores de Jesús. Señalaré dos. Primero. La condición de posibilidad de esta lectura reside en el hecho de las comunidades cristianas primitivas en que se originaron los evangelios como forma de mantener la memoria de Jesús viviente y de transmitirla. Así, la lectura contemplativa de los evangelios tiene un carácter fundamentalmente eclesial.

A propósito de este marco inexorablemente eclesial de nuestra fe, Rovira recuerda la escena postpascual de la misión de los apóstoles: “Como el Padre me ha enviado a mí, así os envío yo a vosotros”. Y subraya el “como”, partícula que destaca a la vez la semejanza y la diferencia entre ambas misiones. La diferencia reside en el hecho de que la Iglesia, bendecida con los dones de Cristo, está siempre necesitada de purificación y reconciliación, porque es peregrina y sus pies “reciben el polvo y el barro del camino”. La Iglesia es, y se limita a ser, “sacramento” de salvación. En ella, el núcleo invisible y divino está revestido de elementos visibles y humanos. A propósito de la citada diferencia, Rovira indica la conveniencia de que la Iglesia y los cristianos no cesen de recordar “yo no soy Dios, yo no soy Cristo”. En su obviedad, este reconocimiento denuncia el grado de confusión religiosa que el uso del poder –la suplantación de Dios o de Cristo, en este caso– puede introducir en el anuncio del Evangelio y en la convivencia eclesial.

Segundo. Para dar una idea ajustada del libro de Rovira, no puedo dejar de subrayar la insistencia con que se refiere a la indisoluble vinculación entre la fe del creyente que, en los detalles relativos a la persona de Jesús, contempla la cercanía de

Dios, y la acción. Al comentar la escena del lavatorio de los pies, reproduce como sumamente significativa la frase: “Ya que habéis entendido todo esto, seréis felices si lo ponéis en práctica”.

Para los lectores de FRONTERA, puede ser oportuno no sólo recordar las sobrias palabras con que Rovira se refirió a su último libro al final del escrito autobiográfico, publicado en el número anterior de nuestra revista, sino situarlo en el marco del tratamiento que Julio Lois y Luis Briones dieron al tema “Encuentro con Jesús”, en el número 4 (octubre-diciembre de 1997) de esta misma revista.

Lois, en su artículo “La investigación histórica sobre Jesús”, informó ampliamente acerca del sentido y los límites de los trabajos que se proponen aquella investigación y describió las tres sucesivas oleadas de investigadores (la tercera de ellas a partir de los años 80 del siglo XX) que, desde el siglo XVIII, se han ocupado de la figura de Jesús de Nazaret desde el punto de vista histórico-crítico. Briones se planteó “El encuentro con Jesús, hoy” como hecho vivencial experimentado por los que creen en él y tratan de seguirle, y analizó las características, las dificultades y el itinerario de aquella vivencia. Rovira, por una parte, reconoce que su libro empieza donde acaba la mirada rigurosa y científica de los estudiosos del “Jesús histórico”. Por otra parte, al tratar de poner al descubierto la palpitación viva y cercana de la inmensidad del amor de Dios, presente en cada uno de los detalles que las Escrituras nos ofrecen acerca de la figura de Jesús, Rovira se mueve en el mismo ámbito específicamente religioso y vivencial en que se situó Briones. La actualización de este marco referencial puede ser una ayuda para apreciar las particularidades específicas de la nueva obra de Rovira, tan recomendable.

* * *

En cuanto a los “aires de cruzada que se respiran en nuestra Iglesia” citados al comienzo de esta Carta, una causa de ellos, al menos en buena parte, es la fuerte emergencia de la laicidad en la sociedad española. De la laicidad, importante “signo del tiempo” actual, mucho se ha escrito y se ha hablado últimamente. Se seguirá haciendo indudablemente, habida cuenta de los problemas y dificultades que plantea el ideal laico, como constataron los participantes en las “Conversaciones de Ávila” —tan estrechamente ligadas desde hace cuarenta años a esta revista—, celebradas en diciembre pasado.

Fruto de dicho encuentro es este número de FRONTERA sobre la laicidad. En un primer artículo, VÍCTOR URRUTIA AGAIBAR, ponente-animador de dichas “Conversaciones”, con el rigor requerido por el tema desglosa y aclara conceptos íntimamente relacionados entre sí, proponiendo un recorrido por el largo proceso histórico de la laicización española —en clave cultural y política— y las relaciones entre la Iglesia, el Estado y la sociedad civil. El “glosario” de términos anexo, a buen seguro será muy de agradecer por los lectores.

A su vez, y partiendo de la situación actual de la sociedad española —una sociedad plural, democrática y no confesional—, JULIO LOIS FERNÁNDEZ reivindica la dimensión pública de la fe, preguntándose con total honestidad si la fe cristiana tiene o no relevancia pública y si, por fidelidad a su propia identidad, es legítimo reivindicar esa presencia en la sociedad. A ambas cuestiones responde positivamente, planteando cómo recuperar tal presencia y el modo concreto de realizarla, para finalizar subrayando algunos aportes fundamentales que la fe cristiana puede ofrecer hoy a la vida pública española.

Completando el contenido del “tema central”, ANTONIO ALBARRÁN CANO comparte con el lector interrogantes y propuestas, en un viaje de ida y vuelta hacia la práctica, tamizada por la reflexión de los dos anteriores artículos. Subrayando el importante papel de los creyentes llamados a concurrir con su propia identidad en la construcción de la convivencia común,

concluyen sus “reflexiones operativas” con la sugerencia de unas pistas sabidas “de siempre” que, sin embargo, pueden parecer nuevas en el contexto eclesial-civil de los últimos tiempos y que debieran ser tenidas muy en cuenta por parte de todos.

Las restantes secciones (Materiales, Signos de los Tiempos, Testimonios y Reseñas) completan un número en el que FRONTERA invita a la reflexión sobre la importancia de asumir el horizonte de la laicidad en que nos sitúa a todos –creyentes y no creyentes– el momento histórico en que vivimos.

Casimir Martí